

Brasil 2011-2021: economía política de una década perdida

James Martin Cypher*

Guillermo Foladori**

Resumen. Durante las primeras dos décadas de este siglo Brasil ha pasado de la euforia por un futuro mejor al virtual derrumbe. En este artículo se explican las principales causas estructurales y coyunturales del abrupto cambio. Brasil se ha convertido en exportador de *commodities* y los intereses agromineros han tenido una participación sustancial en la determinación de las políticas públicas, al oponerse a los cambios surgidos durante los primeros casi 15 años de este siglo. El enfoque teórico del artículo es la economía política crítica, basada en el estructuralismo latinoamericano con prioridad a la metodología *histórico-institucional* contextualizada y se asimilan, en menor grado, algunas formulaciones poskeynesianas.

Palabras clave: reprimarización, *commodities*, desindustrialización, Brasil, pobreza, términos del intercambio.

* Estadounidense. Profesor emérito del programa de Doctorado en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Correo-e: jcypher@sti.net

** Uruguayo. Profesor del programa de Doctorado en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Correo-e: gfoladori@gmail.com

Brazil 2011-2021: the political economy of a lost decade

Abstract. During the first two decades of this century, Brazil has gone from euphorically envisioning a better future to a near collapse. The main causes, structural and critical junctures of this abrupt change are explained. Brazil has largely become an exporter of commodities, and agro-mineral interests have played an increasing role in determining public policy, opposing the situational changes that emerged during the nearly first fifteen years of this century. The theoretical focus of this article is critical political economy, as based in the contextualized *historical-institutional* methodology of Latin American structuralism, combined with, to a minor degree, elements of post-Keynesian analysis.

Keywords: re-primarization, commodities, deindustrialization, Brazil, poverty, terms of trade.

Introducción

En 2007 el presidente de Brasil Luiz Inácio *Lula* da Silva declaró: «Dios es brasileño». En medio de nuevos descubrimientos de petróleo, suficientes para permitir la independencia energética y abandonar una larga era en la que las importaciones de petróleo acogotaban las cuentas comerciales, Lula estaba exponiendo una opinión generalizada. Aquel eufórico momento resulta de inevitable contraste con el Brasil de 2021, cuando para el 14 de junio se estaba rebasando el medio millón de muertes por la pandemia de covid-19; al menos una muerte por cada 434 habitantes. Estados Unidos, con 600 mil muertes reportadas el mismo día, tenía una tasa terrible pero menor a la brasileña, con una muerte por cada 555 personas. El convulsionado camino que siguió Brasil desde 2007 condujo a los horrores de 2021. Entender cómo y por qué Brasil ha caído tan profunda y rápidamente es el tema que trata este artículo.

Nuestra hipótesis es que los trastornos económicos, sociales y políticos son resultado, en gran medida, de fuerzas y factores *exógenos*, sobre todo el auge en los precios de los *commodities* a partir de 2002 y el efecto desatado por la caída de estos precios a partir de 2011 y hasta 2021, lo que provocó un cambio estructural en la esfera productiva, seguido por un deterioro serio en los términos del intercambio. En menor medida son resultado de la dinámica *endógena*: los aumentos salariales significativos realizados en la época de euforia desataron un «efecto Kalecki» de resistencia empresarial, lo que ocasionó una caída en la inversión, aumentó la fuga de capitales y socavó el crecimiento económico y las capacidades del Estado para encaminar una política industrial. Por si fuera poco, los años de bonanza dieron espacio para que el sector financiero y los empresarios industriales

bailaran el vals «Minsky», al recurrir a tácticas financieras de alto riesgo. Esta combinación de tensiones exógenas y endógenas resultó en una profunda crisis económica «sobredeterminada» junto con las convulsiones sociales y el descarrilamiento de las políticas públicas.

Ayer y hoy: tropiezos y caídas

Las mediciones oficiales de desempleo, que han resultado regularmente elevadas, alcanzaron un nivel récord de 15% en el primer cuarto de 2021 —más alto que en 2017, el peor año de las últimas dos décadas. No obstante, esta medida oficial desconsidera que en julio de 2020, cuando el nivel de desempleo formal estaba cerca de un récord, investigadores estimaban que al añadir a los 17 millones de trabajadores que habían abandonado el mercado laboral previniéndose de contraer covid-19, la tasa de desempleo estaba por encima del 30%. Agregando a los desempleados —aquellos que dejaron de trabajar por miedo—, más aquellos en edad laboral lanzados al sector informal —estimados en 38 millones en 2020—, cerca de dos tercios de los brasileños en edad de trabajar fueron condenados a una penosa existencia en 2020-2021. El año 2020 trajo una caída general del producto interno bruto de 4.1%, una de las peores recesiones jamás registradas en Brasil. Así y todo, el número de billonarios (mil-millonarios) aumentó 44% en 2021 sobre el año anterior, mientras florecía el capital especulativo. Entre tanto, los asalariados que ocupaban el estrato 40% más bajo en las áreas metropolitanas sufrieron una caída de 34% en sus salarios en 2020, según la Encuesta de Hogares (Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios, PNAD) (Barbosa, Ferreira de Souza y Soares, 2020).

La lucha por derrotar el hambre: el encuentro con Kalecki

Haciendo a un lado las aflicciones de hoy día, debe recordarse que 20 millones de nuevos empleos se materializaron entre 2003 y 2013 (Costa, Fritz y Sproll, 2015) y buena parte de ellos ofrecía beneficios sociales y protección legal laboral. Aun así, la inseguridad laboral e inestabilidad permanecieron extremadamente altas, como se refleja en la tasa de movilidad laboral de 43% en 2012 (Costa, Fritz y Sproll, 2015). De manera que la «formalización del mercado laboral» caminó a la par con la «precarización»: 26% de los trabajadores formales sufría en 2021 esquemas de subcontratación (con horarios de trabajo y calendarios amplios, impredecibles y variables).

En 2003, 57% de la población rural sufría de inseguridad alimentaria, lo que impulsó el programa Fome Zero creado por el nuevo gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) (Sousa, Segall-Corrêa, Ville y Melgar-Quiñonez, 2019). Para 2006, luego de que el PT había luchado por alcanzar la *zero fome* mediante la Bolsa Família —el programa de transferencia directa de efectivo a los más pobres— el hambre había disminuido significativamente. Además, comenzaron otros programas orientados al ingreso, incluido el de comida gratis para los estudiantes que otorgó 47 millones de comidas por día. Pero, aún en 2006, 37.5% de todos los hogares permanecía con inseguridad alimentaria. Con la continuación de los programas públicos de apoyo a los pobres del PT la inseguridad alimentaria «severa» alcanzó el nivel más bajo con sólo 4% de los hogares en 2013 y la inseguridad alimentaria total disminuyó a 24%. En 2014 más de 30 millones de brasileños habían sido retirados de la pobreza, una tasa que cayó de 48% a 21% entre 2002 y 2013 (Silva, 2018; Sousa, Segall-Corrêa, Ville y Melgar-Quiñonez, 2019).

El programa bandera Bolsa Família asistió a 14 millones de familias —46 millones de personas— durante el segundo periodo presidencial de Lula (2007-2010). Para ello sólo requirió 0.6% del PIB. Un programa de sanidad pocas veces mencionado conectó 48 millones al sistema de drenaje, incluyendo 38 millones de afrobrasileños, durante los 13 años de gobierno del PT (2003-2016). El programa de salud y nutrición infantil redujo la desnutrición crónica, bajando en 50% las incidencias de retraso entre las 360 mil niños participantes entre 2008-2012 (Silva, 2018).

La lucha contra el hambre fue el más amplio de los varios componentes de los gastos sociales, que creció de forma significativa entre 1995 y 2010. Los gastos sociales subieron de 19.2% del PIB en 1995 a 25.2% en 2010. Ello incluyó aumentos substanciales en diversos sectores, como seguridad social, salud, educación, y los programas de asistencia social ya mencionados. En cierto grado el desarrollo económico que ocurrió bajo el liderazgo del PT puede ser considerado como liderado por el Estado. Más importante aún fue el cambio en el mínimo legal del salario real, que aumentó la tasa horaria en 75% entre 2002 y 2013 (Costa, Fritz y Sproll, 2015). En la medida en que aumentaron los salarios aumentaron los paros laborales: de 2011 a 2014 fueron registrados los mayores incidentes desde los 1980 (Medeiros y Trebat, 2021).

Tomados en su conjunto, esas políticas y programas ayudaron a reducir el grado de desigualdad en el ingreso. Usando la Encuesta de Hogares (que no registra adecuadamente los ingresos de los más ricos) el índice de Gini cae de 0.60 en 2002 a 0.53 en 2012 —cuanto más cercano a 1.0 más desigualdad muestra— (Barbosa, Ferreira de Souza y Soares, 2020; Costa, Fritz y Sproll, 2015). No obstante, las mejoras en los sectores más pobres y de trabajadores no eran del todo benéficas para otros sectores sociales.

Esta combinación de condiciones fue estudiada por Michal Kalecki en escritos de 1943, en los que concluía que los empresarios llegaban a cansarse del crecimiento constante (*boom tired*) aún con ganancias al alza (Kalecki, 1943). Argumentaba que se debía a que en épocas de auge disminuía el desempleo, aumentaban los salarios y la fuerza política de la clase trabajadora, algo preocupante para la gran burguesía; asimismo, el mayor poder de compra también podía llevar a un incremento de los precios, algo que no siempre favorece al empresariado o a todos los sectores empresariales. Durante periodos de crecimiento sostenido (como disfrutó Brasil entre 2002-2012) los trabajadores tienden a perder su temor al despido y la disciplina laboral puede resquebrajarse. La alarma de un aumento en los costos del trabajo y de una clase trabajadora resistente se agudiza entre los empresarios, algo que ocurrió en Brasil.

El gran capital reaccionó restringiendo las inversiones, subcontratando con peores condiciones laborales y migrando capitales al exterior, con lo cual enlenteció la economía.¹ Algunas estimaciones indican que entre

¹ Como norma, una caída en la tasa de inversión o en el ritmo de crecimiento de la inversión es resultado de una gran variedad de factores, incluso expectativas, políticas monetarias, cambios en las determinantes de la inversión extranjera directa, etcétera. Es decir, en macroeconomía es difícil determinar con precisión en un contexto muy dinámico —y aún más complicado durante un periodo de crisis y cuando se está frente a un cambio estructural— por todos los factores que influyen. Una interpretación es que la marcha atrás en la inversión fue resultado de una caída en la tasa de ganancia. Inversiones y ganancias variaron en forma correlacionada entre 2000 y 2016 (Marquetti, Hoff y Miebach, 2020:118-119). Según estos autores, la tasa neta de ganancia cayó desde 40% en 2007 hasta 32% en 2015 y la participación en beneficios del PIB disminuyó desde 52% en 2004 a 46% en 2015 (Marquetti, Hoff y Miebach, 2020). La cuestión pendiente es si se puede explicar la caída por la aún alta ganancia de 32% a pesar de su caída, o si es más una cuestión de poder al interior de la fábrica, ambas causas son probables debido a las maniobras desestabilizadoras de las organizaciones cupulares empresariales para alterar la correlación de las fuerzas socioeconómicas y políticas. Otro factor, que complica aún más esta situación, es que entre 2008 y 2016 el uso de la capacidad del instalado

2002 y 2017 la fuga de capitales alcanzó un promedio anual de 2% del PIB y se aceleró entre 2006 y 2014 (Rua, 2019:125 y 132). En 2014, el año más crítico para Brasil, esas fugas llegaron a ser aproximadamente 3.2% del PIB. Así, los ricos frustrados llevaron a cabo una huelga de capital —fijando el escenario de una seria recesión. Con la fuga de capitales como arma de sabotaje, algo no muy presente cuando escribió Kalecki, los acaudalados pudieron forzar una marcha atrás de la sociedad.

La des-inversión es la «herramienta de huelga» del capital. Para los poskeynesianos es la «variable» que mejor explica el papel de la «demanda agregada» en el sistema, siendo la fuerza motriz en la determinación del «equilibrio» macroeconómico. No es, por tanto, un hecho menor que la inversión (o sea, la formación de capital bruto) se haya desplomado a un grado poco visto en una economía tan grande entre 2012 y 2019, siendo el factor más inestable dentro de la demanda agregada: en precios de 2019

industrial cayó de 108% a 96% (Marquetti, Hoff y Miebach, 2020). Esto ha sido tomado como una buena señal de una crisis de «desproporcionalidades» cuando no se pueden vender «las *commodities* a su valor» —«en este caso la declinación en la rentabilidad es un síntoma del desequilibrio, algo que ahora se ha intensificado por la consiguiente crisis» (Sweezy, 1942:146). O sea, las ventas no corresponden con las expectativas después de una abrupta caída en los precios, algo común para los países exportadores de *commodities* dado los efectos bien documentados (discutidos con posterioridad) en cuanto a la volatilidad de precios de tales bienes y los cambios adversos en el ritmo de los términos de intercambio y los efectos de sobreproducción. El proceso de acumulación es una compleja interrelación derivada de efectos anárquicos entre mercados y fuerzas interdependientes entre productores. Esta tensión es aún más aguda y compleja cuando gran parte de la producción del sector líder se realiza en el exterior y las importaciones son crecientes, todo en un contexto de heterogeneidad estructural (Pinto, 1991). Esas tensiones o desequilibrios pueden ser «resueltos» mediante una crisis (e. g. una ruptura del proceso de reproducción ampliada que puede ser vista como un mecanismo de ajuste). De esta forma el proceso de acumulación momentáneamente se detiene o se retrotrae en la medida en que la crisis puede amplificarse bajo los efectos del desequilibrio. Esas condiciones pueden durar por un tiempo indefinido. Sin duda, no es posible resolver aquí la plétora de los determinantes de la inversión.

(\$R) el colapso siguió una tendencia monocromática año con año que culminó con una fuertísima caída de aproximadamente 40% respecto de 2012 (Mantoan, Centeno y Feijo, 2021:537, 544).

Tampoco es de menor consideración que las tácticas financieras de las empresas productivas fueran marcadas durante los años más críticos (2012-2013) por maniobras tipo «Ponzi» y «especulativas» en la jerarquía de Hyman Minsky, lo que prefiguró un desplome de la inversión dada la insostenibilidad de tales maniobras en condiciones de debilidad crónica hasta 2019 (e. g. aumento de préstamos no justificados por las ganancias anteriores, actuales y anticipadas) (Mantoan, Centeno y Feijo, 2021:541-542). Por un lado, por las fuerzas exógenas de volatilidad de los precios de las *commodities*, que así como habían subido desde el 2002 se desplomaron desde 2011-2012; por otro lado, por las fuerzas internas que ofrecían créditos amplios sin sólida garantía material, ambas situaciones sin resolución.²

A medida que la batalla contra el trabajo se intensificaba, el importante sector de las *commodities* se desplomaba (FRED, 2021). Los precios cayeron 13% en 2014 y luego un masivo 37% entre 2015 y 2016 (IMF, 2021). El efecto tijera de un colapso en el precio de las *commodities* con disminución de inversiones y consumo redujo los ingresos de los impuestos federales y, consecuentemente, los gastos del gobierno, lo que causó que el PIB cayera en 6.9% entre 2014 y 2016. En la medida en que el desempleo emergía, el consumo de los asalariados caía y se expandía el círculo vicioso. Así, muchos que habían apoyado al PT comenzaron a sentir antipatía.

² En cuanto a los términos del intercambio (TdeI), según los datos de Funcex (Fundação Centro de Estudos do Comercio Exterior) fueron 120 en 2012, 100 en 2016, 131 en febrero de 2021 y 102 en noviembre de 2021 (la fecha más actualizada). Los datos obtenidos indicaron un alto grado de volatilidad entre 2016 y 2021, y una caída entre 2012 y el fin de 2021 de casi 16% en los TdeI (*Trading Economics*, 2022).

Resbalando hacia el caos: de Rousseff a Temer y a Bolsonaro

Apenas dos años después de la segunda presidencia petista de Dilma Rousseff (2011-2016), y habiendo celebrado la virtual eliminación de la inseguridad alimentaria severa en 2013 (y en consecuencia de su reelección de 2014), fue fraudulentamente acusada de prevaricación. Agosto de 2016 marcó uno de los cambios en la economía política más radicales de la historia de Brasil.

A medida que avanzaban el enjuiciamiento y las investigaciones penales por prevaricación, los agentes neoliberales que operaban en los diferentes niveles del poder político optaron por un golpe de Estado encubierto. Al buscar un compromiso tras otro con sus enemigos políticos e ideológicos Rousseff inevitablemente colaboró en preparar el escenario para este golpe; sus muchas concesiones sirvieron para debilitar el apoyo público al PT que, a su vez, engendró a sus usurpadores. Esto eliminó cualquier posible aumento adicional del salario mínimo real, ya que estaba directamente vinculado a la tasa de crecimiento del PIB. A medida que aumentaba la fragilidad del PT, el gobierno de Estados Unidos —ansioso de ver el fin del gobierno del PT— permaneció en silencio mientras se destruía el mandato electoral legal de Rousseff.

Cuando el presidente de la austeridad, Michel Temer (agosto de 2016-2018), tomó las riendas del poder, recortes draconianos en los programas públicos se convirtieron en moneda corriente. Como era de esperar, las varias investigaciones contra la «mafia política» que encabezó Rousseff terminaron abruptamente. Casi de inmediato Temer facilitó la Enmienda Constitucional 95, que ordenó que se congelaran todos los gastos sociales

federales como proporción del PIB de 2017 a 2037. Esto recortó el gasto anual per cápita en al menos la tasa de crecimiento de la población —y en más si el PIB real se contrajera, como lo ha hecho a menudo desde el 2011. La combinación de políticas neoliberales y una economía en retroceso predestinó los resultados de la Encuesta de Hogares de 2017, la cual mostró que 51% sufría inseguridad alimentaria y un récord de 12% en la categoría de «severa» (Barbosa, Ferreira de Souza y Soares, 2020).

Luego las cosas empeoraron aún más. El programa Bolsa Família se redujo a 93% en 2019, respecto del nivel de 2014, en términos ajustados a la inflación. ¡En 2020 este vital programa se redujo en un adicional 7.7%! Para diciembre de 2020, con la crisis de covid-19 que devastó a la población, el gobierno observó de brazos cruzados cómo 55% de los hogares se encontraban en inseguridad alimentaria. 2021 llegó con otra sacudida, ya que los datos del PIB mostraban que la economía se había contraído casi al nivel de 2011, mientras la población había aumentado 7.8%. El PIB de 2021, ajustado por la inflación, se mantuvo 3.3% por debajo del máximo establecido en 2014. El ingreso per cápita promedio había caído de modo drástico durante los últimos 10 años y la mayor parte de la caída la habían experimentado los hogares con ingresos en la faja de 50% inferior. En 2013 ese 50% inferior recibió 11.6% de la renta nacional, que cayó 9.8% en 2019 y mucho más a partir de entonces. Mientras tanto, 10% superior recibió casi 60% de la renta nacional en 2019, significativamente más que en 2016, como registrado por el World Inequality Database (WID, s.f.).

La medida clásica de desigualdad de ingresos, conocida como índice de Gini, cayó a su tasa más baja a finales del 2014, todavía con un alto 0.514, y ha aumentado la desigualdad desde entonces. Para 2019 había aumentado a 0.533 y luego a 0.534 en 2021 según el autorizado Instituto de

Investigación Económica Aplicada (IPEA) (Carvalho, 2021). En un análisis de 2014 sobre la concentración de la riqueza —siempre más alta que la concentración de ingresos— se estima que 0.2% de la población poseía 47% de todas las propiedades y títulos (Costa, Fritz y Sproll, 2015). Un estudio reciente estimó que el índice de Gini de la riqueza era 0.85 en 2000, subiendo a 0.89 en 2020. Para 1% su porción del total de la riqueza era 44% en 2000 y 20 años después llegó a ser 50% (Shorrocks, Davies y Lluberas, 2021:53).

Salud: un derecho humano. ¡No, no tan de prisa!

Brasil poseía un relativamente sofisticado sistema de salud, que enfrentó con firmeza la epidemia del sida desde 1996 en adelante mediante tratamientos efectivos y gratuitos. Que Brasil haya sido capaz de realizar tal hazaña fue el resultado de décadas de apoyo a la salud pública que culminaron con la creación del Sistema Único de Salud (SUS) en 1988. Con instalaciones distribuidas en 95% de los más de 5 mil 500 municipios del país, el SUS brinda atención médica completa y gratuita a millones de brasileños en sus centros de salud. Sin embargo, los estragos que causó la pandemia de covid-19 pusieron al descubierto los efectos de las políticas neoliberales de 2016, que destriparon el sistema de salud pública, que ahora se encuentra terriblemente subfinanciado (Celuppi *et al.*, 2019). Tampoco ayudó la expulsión, en 2018, de los 8 mil 500 médicos cubanos que habían estado atendiendo a 30 millones de los brasileños más pobres, lo que reveló el caprichoso alcance del electo presidente Jair Bolsonaro (2019-2022). Ya en 2010, 3.8% del PIB dedicado a la atención de más de 3/4 de la población

era inadecuado, y muy inferior a los desembolsos para la atención a la salud del sector privado que cubría a la población más acomodada y alcanzaba 4.7% del PIB. Los programas del sector privado, que en 2010 cubrían sólo a 21% de la población, fueron financiados parcialmente a través de las exenciones del impuesto sobre la renta que se recibieron de las cuotas de los seguros de salud privados. Para 2020 estos últimos cubrían a 25% de la población y recibían 56% de todos los fondos para la atención médica.

Commodities, commodities, hasta perderse de vista

Cualquiera con conocimiento de la saga de 500 años de auges y caídas económicas en América Latina, todos de alguna forma relacionados a los recursos naturales, debía haber percibido que la tentativa de Lula de empujar a Brasil hacia un sendero neodesarrollista, sustentable e inclusivo, y designado para reconstruir la industria doméstica se toparía, con seguridad, con fuertes y opuestos vientos. En efecto, comenzando en 2011-2012, antes de que se consolidaran las políticas industriales, el auge de las materias primas que había alimentado el optimismo y el crecimiento económico de Lula llegó a un punto muerto (FRED, 2021). A lo largo del periodo de Lula —del 1 de enero de 2003 al 1 de enero de 2011— muchos economistas argumentaban que «esta vez es diferente»; al fin y al cabo, China posibilitaba la diferencia. Pensaban que era una estrategia viable aumentar las exportaciones de productos básicos que fluían desde el vasto interior de Brasil para apuntalar el sistema industrial de China en constante expansión y, simultáneamente, encaminar programas diseñados para reforzar la autonomía tecnológica y las políticas de innovación, en aras de rejuvenecer la

base industrial nacional. No funcionó. Brasil sufrió una profunda desindustrialización; la manufactura se contrajo de 22% del PIB en 1985 a 12% en 2016. Otro ejemplo que esclarece el asunto fue el retiro de la empresa transnacional norteamericana Ford en enero de 2021, después de más de 100 años de operaciones en Brasil. Fue un golpe económico, pero también de enorme impacto simbólico, ya no quedarían dudas de que el fordismo brasileño había acabado. El mensaje de Ford era que el tiempo y el esfuerzo para modernizar las viejas plantas ya no tenía sentido. Significaba un parteaguas: el ocaso de la herencia de la era de industrialización por sustitución de importaciones. En palabras de Antonio Gramsci, el fordismo —el taylorismo de alta productividad manufacturera vinculada a salarios relativamente altos— es resultado de una «necesidad objetiva de la industria moderna cuando ella ha logrado una etapa determinada de desarrollo» (1971:311). Pero ahora, en el atardecer industrial brasileño, se pensaba que más valía importar a Brasil (probablemente desde México) o abandonar el socavado mercado nacional a las olas crecientes de la producción china.

A partir de 2014 Ford empezó a retraerse con la reducción en sus inversiones y después, con el cierre de una planta clave en 2019, fue el golpe final, incluyendo toda la cadena de producción de proveedores nacionales que cortó 50 mil puestos de trabajo. El efecto cualitativo también es importante. Se trataba de una de las más preferidas ocupaciones de la clase trabajadora (según Gramsci, de la «aristocracia laboral»), con salarios determinados por medio de contratos colectivos, incluso con prestaciones adecuadas. En contraste a las políticas neodesarrollistas del PT, que siempre abogaron por una expansión del fordismo, a los gobiernos derechistas no les preocupa la desindustrialización, como en el caso de Ford u

otras empresas importantes que han quedado afectadas (Mercedes Benz y Sony).

Mientras tanto, de 1995 a 2019 las exportaciones a China crecieron a una tasa anual de 17.5%. Incluso durante la recesión de 2019 hasta principios de 2021 China absorbió entre 28% y 30% de todas las exportaciones en un determinado mes. La soja, el aceite y el mineral de hierro representaron aproximadamente 75% del total y las exportaciones de Brasil fueron 43% mayores que sus importaciones de China —estas últimas eran productos manufacturados intensivos en tecnología. Sin embargo, la interpretación «centrada en China» resultó equivocada. Los productos básicos son fungibles y Brasil envía la mayor parte de su producción de *commodities* a otros lugares.

***Commodities* en el enfoque estructuralista**

La mayor contradicción en cuanto a la insostenibilidad del patrón de acumulación defectuoso descansa en la naturaleza híbrida de la estructura de producción: la combinación desarticulada entre sectores dominados por la informalidad o la producción artesanal y lo agrario de subsistencia, junto con sectores dominados por las corporaciones transnacionales y las grandes empresas nacionales competitivas a escala mundial, además de un sistema financiero oligopólico atrasado. Denominado en ocasiones «capitalismo hispánico» o «periférico» o «heterogeneidad estructural» (Dvoskin, 2022), este patrón de acumulación dista mucho de las estructuras socioeconómicas de los países del llamado «centro» y es esta dicotomía el punto de partida de la teoría estructuralista latinoamericana.

De manera reciente, podemos ubicar la contradicción medular de la evolución de la economía brasileña en la denominada *especialización regresiva* (Nassif y Castilho, 2020). De acuerdo con estos autores las consecuencias nefastas han sido muchas, entre las que destacan cuatro: 1. Una alta elasticidad para las importaciones. 2. Un giro hacia las actividades exportadoras en bienes primarios de baja elasticidad de ingreso, que redujo relativamente la tasa de crecimiento en relación con otros bienes como las manufacturas. 3. Una amplificación en el déficit de comercio exterior como resultado. 4. Una brecha creciente en el contenido tecnológico de las exportaciones industriales, o sea, crecimiento en productos más intensivos en trabajo o bienes primarios con respecto a tales exportaciones en los países del centro (Nassif y Castilho, 2020:683, 685-688). El efecto acumulativo y total de estas tendencias ha sido un *cambio estructural* marcado en la ventaja competitiva nacional hacia las *commodities*, desde un total mundial de 1.75 en 1990 hasta 4.5% en 2016 (Nassif y Castilho, 2020:689). Mientras los estructuralistas abogaban por una diversificación en las exportaciones, Brasil optó por la vía opuesta, al incrementar al doble su índice de concentración de las exportaciones — y el grado de vulnerabilidad— entre 1990 y la cúspide del auge de *commodities* en 2011-2012. Para completar, los estructuralistas advirtieron que cuantas más actividades marginales en el sector informal y otros de baja competitividad, tanto más alta la probabilidad de una descomposición en el grado de la integridad del gobierno, algo consistente a partir del golpe de Estado de 2016 y hasta la fecha (Porcile y Sánchez-Ancochea, 2021). Es decir, las interpretaciones poskeynesianas, por más poderosas que sean, son sobrepasadas analíticamente por las formulaciones estructuralistas que abarcan más elementos, como el poder empresarial y la relación entre la economía y la

política institucional; aunque no es cosa de negar una teoría para abrazar otra, ya que a distintos niveles ambas tienen su cuota explicativa si se relativiza el enfoque poskeynesiano en cuanto a las tendencias macroeconómicas (incluyendo a Kalecki, el inspirador de Minsky) y se reivindica el pensamiento estructuralista latinoamericano en cuanto a los entornos socioeconómicos.

Vuelta al siglo XIX: el auge de las materias primas y la reprimarización

A partir de trabajos innovadores como los ya mencionados sobre Brasil, en particular el de Nassif y Castilho que ofrece una presentación rigurosa con detalles empíricos de gran respaldo, examinamos la hipótesis de un paso regresivo en el tiempo de la economía brasileña en consonancia con el contexto económico latinoamericano a partir del auge de las *commodities* que empezó en 2002-2003. Se trata de un proceso de re-primarización (Cypher, 2009). Hubo dos países donde el contexto previo fue diferente. Uno fue México, con un patrón de acumulación determinado por la industrialización subordinada al Tratado de Libre Comercio de América del Norte; el otro fue Brasil, que había estado regido por un proceso de industrialización arraigado desde los tiempos del presidente Juscelino Kubitschek (1956-1960) o quizá antes (Sikkink, 1991). Lo más llamativo referente a Brasil fue el hecho de que los líderes militares durante la dictadura (1964-1985) fueron, en cierta medida, desarrollistas. Esto es importante porque en la época del Consenso de Washington y la irrupción del neoliberalismo Brasil resistió tales corrientes. Después, si bien se inclinó hacia las políticas del Consenso,

Brasil continuó con políticas económicas nacionales distintas de sus pares en América Latina, todo bajo el lema de «continuidad mediante el cambio» (Taylor, 2020:63-89). Como insistió Taylor (2020:10-11), los intentos por parte de los desarrollistas y sus aliados —hasta cierto punto entre las capas industriales— nunca lograron consolidar un *Estado desarrollista* (Ross, 1999) y tampoco se han acercado voluntaria y rigurosamente al «sendero neoliberal»; un caso puntual son los planes neoliberales del ministro Paulo Guedes (que serán discutidos después). Taylor resaltó que en 1984 el Banco Mundial (BM) tenía un plan para implementar el abanico total del Consenso en Brasil, lo que otra vez intentó en 2016 y 2017 con la solicitud de una agenda casi idéntica al pedir el abandono de las políticas industriales, esto último sólo se realizó con el golpe del 2016 (Taylor, 2020:11).

A lo largo de la era neoliberal Brasil no ha sido ejemplo completo de un país desarrollista al estilo furtadiano, pero tampoco un ejemplo neoliberal aunque coqueteara con los ideólogos librecambistas. Fue entre 2002 y 2011, o tal vez antes, cuando ocurrió un triple movimiento: 1. Políticas de redistribución de alto impacto. 2. Impulsos para usar al Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) y a Petrobras como anclas para montar una verdadera política industrial en sectores estratégicos.³ 3. Un

³ Aunque nunca fueron consolidados, los intentos de montar tales políticas antes de 2013 tuvieron ciertos efectos en el empleo y producción de la industria nacional de bienes de capital. Entre 2003-2008 aumentó la producción de tales bienes a un ritmo anual de 8.8%, cuando el PIB se expandió casi 5%, y entre 2008-2012 subió 5.5% por año, muy por encima del PIB de 3.1%. La mayoría de esta producción se concentró en petróleo y gas, agroindustria y minería (Riccioppo, 2016:111-114). Aníbal Pinto notó en 1964 que Brasil tenía «oportunidades (...) auspiciosas de desarrollo autónomo» con un mercado interno «relativamente amplio» y capacidad para producir casi 70% de sus bienes de capital (Pinto, 1964:11). Pero, dado los cambios estructurales examinados aquí, en 2020 Brasil produjo sólo 42% de bienes para su mercado interno; en 2021 produjo 56% liderado por la maquinaria agrícola y empujado por precios primarios internacionales (Kramer, 2021). Asimismo, durante 2021 gran parte de los campos de petróleo,

proceso dinámico de reprimarización liderado por los sojeros y las grandes empresas de agronegocios, al igual que los impactados por efectos interindustriales aguas arriba y abajo. De hecho, fue un cambio silencioso, en el que ni los economistas «críticos» sonaron la alarma de las probables tendencias futuras. Fueron complacientes, guardaron silencio o abogaron que «esta vez es diferente» cuando las ventas de materias primas iban al alza junto con los precios y las demandas chinas.

Sin embargo, a partir de 2003 crecieron los cuellos de botella en los puertos y en el sistema de transporte cuando se detuvo parcialmente el intento por sacar aún más *commodities*, pero fue visto como algo pasajero. En ese entorno dinámico los poskeynesianos (Mantoan, Centeno y Feijo, 2021) documentaron un abanico de tácticas financieras inestables, como las propuestas por Minsky a lo largo de la economía, sobre todo en las empresas industriales.

Por fin llegó una implosión para una gama de las empresas recientemente financiadas que habían usado tácticas de «hedge» o «Ponzi» y que tuvieron que pagar la factura por los platos rotos alrededor de 2013 y en adelante (Mantoan, Centeno y Feijo, 2021). En el mismo momento se debilitaron las políticas industriales del PT. Con la turbulencia de 2015-2016 se manifiesta un Estado derechista. Se deshace Petrobras, la empresa que era punta de lanza desarrollista. Se dejó en pie al sector de agronegocios, capaz de soportar la tormenta y sobrevivir día a día, y que pasó a gozar el alza renovada de *commodities* desde 2020 (tomada con cautela, véase nota 1).

plataformas, refinerías y terminales de Petrobras se vendieron a corporaciones transnacionales, lo que socavó la demanda por bienes de capital nacionales.

Cuadro 1

Términos de Intercambio (TdeI) y efectos de los precios *vs.* efecto de la volatilidad

<i>Análisis econométrico</i>	<i>Años</i>	<i>Tendencia anual en TdeI (o precios)</i>	<i>Δ en los precios</i>
Blatteman, Hwang y Williamson, 2004	1870-1939	-0.49% TdeI	efecto volatilidad > TdeI decrecientes
International Monetary Fund, 2002	1862-1999	-1.3% (<i>commodities</i> industriales) ¹	efecto volatilidad > efecto de precios
International Monetary Fund, 2012	1970-2005	Sin estimación	efecto volatilidad contrarresta los auge
Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDP), 2011	1960-2003	-1.2% TdeI (no petroleros)	efecto volatilidad > TdeI decrecientes

1. Los *commodities* industriales son, por ejemplo, el petróleo, cobre, plata, oro y los metales básicos.

Fuentes: Blatteman, Hwang y Williamson (2004: cuadro 2); Cashin y McDermott, (2002:186,196); Cavilcante, Mohaddes y Raissi (2012: cuadro 3); UNDP (2011:58-82).

Ese proceso de vuelta al siglo XIX tuvo su costo en al menos dos sentidos estrictamente económicos, si se hace abstracción del costo social en pobreza y desempleo. Con la estructura primarizada Brasil enfrentó una bien documentada tendencia al empeoramiento en los términos netos de intercambio comercial (la hipótesis Prebisch-Singer). Además, debió hacer frente a una alta volatilidad en los precios de exportación, lo que fue un efecto aún más nefasto según varios estudios: los recientes análisis (resumidos en el cuadro 1), que examinaron el Sur global desde 1870 hasta 2003, documentaron la tendencia adversa y fuerte de declinación en los

términos del intercambio (un estudio exentó el petróleo, el *commodity* extraordinario). Complementariamente, todos calcularon efectos antagónicos resultantes de la volatilidad (Cavilcanti, Mohaddes y Raissi, 2012: cuadro 3) aún más nocivos que los términos de intercambio declinantes (Blatteman, Hwang y Williamson, 2004: cuadro 4; Cashin y McDermott, 2002:186, 196; UNDP, 2011:58-82).

A partir de estos y similares estudios, desde que Raúl Prebisch y Hans Singer plantearon sus ideas hace 70 años, es importante llamar la atención sobre el grado de autodecepción reinante al explicitar una laguna en los análisis económicos sobre Brasil, que en gran medida no enfatizaron el tema. Un ejemplo destacado es el de Antonio Barros de Castro en 2009, uno de los más respetados analistas de aquel momento, cuando planteó que «hoy Brasil se basa en sus competencias [industriales] acumuladas y maduradas sobre el tiempo». Por tales razones «es difícil siquiera imaginar un patrón de acumulación basado en recursos naturales», pero con la demanda internacional creciente para recursos naturales, impulsada por China y en menor grado por India, «es probable que este proceso continúe por muchos años» (Barros de Castro, 2009:269-270). Solamente tres años después, los pies de barro de esta perspectiva (ampliamente compartida por otros economistas) se hicieron evidentes con el colapso de los precios de las materias primas y las supuestas «competencias» industriales se esfumaron. Sucedió todo lo contrario de lo esperado, con la consolidación del modelo extractivista/primarizador que, según un brillante economista (Barros de Castro, 2009:269-270), fue «difícil siquiera imaginar», aunque fuera la tendencia dominante desde 2003 o poco después.

El sector agropecuario actual

La producción de *commodities*, que incluye el amplio sector de minería y petróleo, está dominada por el agronegocio. Para 2018 Brasil era uno de los cinco principales productores mundiales de una asombrosa variedad de 36 productos agrícolas. Brasil es el mayor exportador neto de alimentos del mundo (Klein y Luna, 2019:1), sin embargo, sólo 0.62% de todas las unidades agrícolas produjo 51% de la producción en 2006, una medida de potencia del monopolio que se ha mantenido estable desde entonces. Se trata de un estrecho estrato de terratenientes gigantescos que utilizan métodos de alta tecnología y que provocaron la pérdida de un millón y medio de puestos de trabajo debido a la mecanización agrícola entre 2006-2017 (Klein y Luna, 2019:13). La relación entre la producción de *commodities* no-energéticos y el crecimiento del PIB es extremo, rebasado marginalmente y sólo por Perú: el coeficiente de correlación (R^2) entre el ritmo de crecimiento de las *commodities* y el crecimiento del PIB durante el periodo 1996-2019 fue 0.74 (Souza, 2021:13).

El auge del agronegocio, que se restringió entre 2013 y 2020, cuando los precios de las materias primas se desplomaron, no fue el resultado del esfuerzo de los terratenientes o la suerte, sino más bien la acumulación de muchas formas de asistencia gubernamental masiva desde los 1960, incluida la creación de un instituto de investigación innovativo de vanguardia (Embrapa) dedicado a mejorar radicalmente los rendimientos tropicales; pero también créditos subsidiados, cuotas de producción y programas gubernamentales de subsidio de precios. En la década de 1990, cuando se retiró gran parte de este apoyo y el sector se vio inmerso en el escenario neoliberal de «libre comercio», se produjeron oleadas de concentración de

capital; hoy día, incluso los conglomerados financieros más grandes adquieren latifundios.

Afortunadamente para los terratenientes, esta reestructuración forzada del sector agrícola fue más o menos paralela a la explosión de la economía china. El sector agrícola de Brasil se ha mantenido al frente gracias a su «sofisticación» con respecto a *a)* técnicas intensivas en capital y biotecnología química —gran parte importada de empresas transnacionales de propiedad estadounidense—, *b)* capacidad para adquirir tierras deforestadas y de alto rendimiento a un costo en extremo bajo, y *c)* el poder casi hegemónico de su *lobby* conocido como la *bancada ruralista*, que obtuvo el control de 44% de los escaños parlamentarios y 40% del Senado en 2019. En resumen, el Frente Parlamentario Agrícola (FPA) tiene la capacidad para bloquear cualquier legislación contraria a sus intereses y, a menudo, puede formular la legislación que desee. Aún hoy, la FPA confía en que este poder seguirá creciendo, incluso se ha más que duplicado desde la presidencia de Rousseff. En una reunión de la FPA en marzo de 2021, dedicada a ampliar el abanico de los plaguicidas permitidos, Bolsonaro afirmó que el sector agrícola «seguirá siendo la locomotora de nuestra economía» (Grigori, 2021).

Empero, es más acertado ampliar la tela del poder, ya que en realidad es la élite agro-minera-financiera, incluida la gigante Petrobras, cada vez más privatizada, y las inmensas operaciones mineras, como Vale, que produce casi la mitad de toda la producción del mineral ferruginoso del país —Brasil es el segundo exportador más grande del mundo. La empresa Vale fue privatizada en 1997, entregada preferentemente y por menos de una décima parte de su valor a la Companhia Siderúrgica Nacional (CSN) de Benjamin Steinbruch, junto con algunas entidades más pequeñas. La

familia Steinbruch tenía amplios conglomerados con un patrimonio neto de 4 mil 900 millones de dólares en 2021, según *Bloomberg*. En lo alto de la lista de los «magnates de los minerales» se encuentra la familia más rica de Brasil, los Moreira Salles, con un patrimonio neto de 20 mil millones de dólares, y quienes han desempeñado un papel dominante en la banca y las finanzas. En los últimos años han ganado fuerte presencia en el sector minero a través del control de 80% de un metal poco conocido, el niobio, célebre por ser uno de los componentes esenciales de una amplia gama de tecnologías emergentes. El presidente Bolsonaro se ha subido a la ola del niobio al declarar que es el componente clave de la estrategia «Brasil primero», que aún no se ha definido (Planalto, 2019).

Los oligarcas del agronegocio

En el sector agrícola se encuentra la familia Maggi la cual explota cerca de 300 mil hectáreas y opera el Grupo Amaggi con agricultura de precisión. Este grupo es conocido por sus embestidas contra los bosques amazónicos y las tierras indígenas. Es el más pequeño de los tres grandes, superado por SLC Agrícola, que controla más de 400 mil hectáreas de excelente tierra. SLC tiene cerca de 4 mil empleados, es mayoritariamente propiedad de la familia Logemann y registró un valor de mercado de 33 mil millones de dólares en 2021. En la cima se encuentra el Grupo Bom Futuro, que controla más de 500 mil hectáreas y es el mayor productor de soja del mundo y el mayor de algodón de Brasil. El dueño de esta operación titánica es Eraí Maggi Scheffer (el rey de la soja), primo de Blairo Maggi, quien dirige el Grupo Amaggi. El ejemplo más destacado de la influencia de la

agroindustria brasileña es la corporación JBS, el procesador de carne más grande del mundo, con una ganancia anual de 15 mil 300 millones de dólares estadounidenses en 2020 —casi igual a la ganancia neta combinada de los «tres grandes» fabricantes de automóviles de Estados Unidos en 2018. Mientras el agrocapital brasileño emerge, el capital transnacional se sitúa en las intersecciones clave de la producción con la distribución, incluidos los gigantes Cargill, Bunge y Louis Dreyfus, conocidos por sus secretas habilidades de dominación del mercado. Considerando toda la economía brasileña, en 2014 sólo 38% de las 504 empresas no-financieras más grandes eran transnacionales, mientras que 53% eran empresas privadas de propiedad brasileña; y la minería, el petróleo y la agroindustria estaban controlados por el capital brasileño (Taylor, 2020:95).

Un intento de medir el sector agroindustrial, utilizando la técnica conocida como análisis insumo-producto, concluyó que en 2011 representó 20% del PIB (incluyendo el procesamiento de alimentos). Hay que agregar a esto el peso del sector minero, de alrededor de 4% del PIB, y el sector de hidrocarburos, que por lo regular es superior a 10% del PIB. De allí que la élite agrominera representa 34% del total de la economía brasileña, tres veces mayor que el producto del sector manufacturero, por lo que claramente es el sector líder (Moreira *et al.*, 2016).

La rápida caída de Bolsonaro

Errático, incompetente e impulsivo, el presidente Bolsonaro puede, sin embargo, contar con el inquebrantable apoyo de los terratenientes que dominan el sistema político; a menos que éstos sientan que la presión internacional

pendiente de la destrucción de la Amazonia, del atentado contra los pueblos indígenas y de la visualización pública de la corrupción política del gobierno, se sumen a la bienvenida del uso de variados pesticidas prohibidos en muchos países desarrollados, pero permitidos en Brasil, a la catástrofe por la pésima administración de la pandemia de covid-19, y todo ello termine invirtiendo la balanza política. En las sombras siempre estarán los militares.

Como exoficial militar, la afinidad de Bolsonaro por el militarismo se muestra con frecuencia. Esto ha generado apoyo entre los cuadros militares/policiales bien pagados; y una red de expolicías, militares, narco traficantes y todo tipo de delincuentes, «la milicia», con su origen en los Esquadrões da Morte que matan bajo pedido y dieron apoyo a la familia Bolsonaro en Río de Janeiro desde antes de su presidencia (Paes, 2020).

Las muy activas Iglesias evangélicas de Brasil, enfadadas por el supuesto «socialismo» del PT, votaron abrumadoramente por Bolsonaro. Si bien las encuestas de opinión pública muestran que su apoyo se está derrumbando, su postura nacionalista/populista de ley y orden podría continuar siendo un atractivo frente a un candidato progresista. No obstante, ha recibido críticas de muchos de los llamados «brazillionaires», incluida la familia Moreira Salles, por su abierta indiferencia hacia la pandemia de covid-19 (Azevedo, 2021a; 2021b). Otros de la misma esfera, con activos por encima de mil millones de dólares, aún lo apoyan.

El nombramiento de Paulo Guedes por parte de Bolsonaro como principal asesor económico, un verdadero «Chicago boy», sugirió a los observadores que, por fin, Brasil abrazaría un neoliberalismo total. Sin embargo, Bolsonaro ha ignorado en buena medida o desafiado a Guedes. Bolsonaro, como casi todos los líderes militares anteriores, ha presentado una visión «nacionalista» de Brasil que descarta una ola de privatizaciones de todos

contra todos, aunque asume algunas estrategias como la privatización de Electrobras, la mayor compañía pública de energía de América Latina (Costa y Dotta, 2021). Verbalmente indiferente a las víctimas de covid-19, Bolsonaro ha promovido dos rondas de pagos en efectivo mensuales importantes, muy modestas, a los más pobres. La primera entrega, de mayo a diciembre de 2020, se repartió a 68 millones de personas. La segunda, con recortes en los pagos, de abril a octubre de 2021, tal vez alcance a 46 millones de personas (Coletta y Puppo, 2021). Este reparto improvisado ha mitigado en cierta medida los estragos de 2020-2021, pero en 2020 más de 26 millones de obreros quedaron sin cualquier forma de ingreso, cantidad que aumentó a 30% de los hogares en 2021 (Prates y Barbosa, 2020). Al mismo tiempo, los precios de las materias primas se han disparado una vez más y los precios del primer trimestre de 2021 subieron 30% sobre una base anual. Por lo tanto, a pesar de las acusaciones de genocidio y de que la covid-19 no aminora su impacto en Brasil, el modelo de consolidación económico liderado por las materias primas llegó a impulsar la economía en 4.5 % en 2021 —frente a una caída de 4.1 % en 2020. Ahora, en un entorno complicado, monetariamente levitado por su patrón de acumulación sesgado por ser primarizado, todo dependerá de las perspectivas y percepciones a medida que avance la lucha por las elecciones presidenciales de 2022, con gran parte del estrato acaudalado en la búsqueda por un bolsonarismo sin Bolsonaro.

Referencias

Azevedo, R. (21 de marzo de 2021a). «Carta aberta assinada por banqueiros e economistas cobra responsabilidade». *UOL Noticias*. Recuperado de <https://noticias.>

- uol.com.br/colunas/reinaldo-azevedo/2021/03/21/carta-aberta-assinada-por-banqueiros-e-economistas-cobra-responsabilidade.htm
- Azevedo, R. (21 de marzo de 2021b). «Carta de pesos-pesados mira o governo e desmoraliza pregação de Bolsonaro». *UOL Noticias*. Recuperado de <https://noticias.uol.com.br/colunas/reinaldo-azevedo/2021/03/21/carta-de-pesos-pesados-mira-o-governo-e-desmoraliza-pregacao-de-bolsonaro.htm>
- Barbosa, R.J., Ferreira de Souza, P.H.G. y Soares, S.S.D. (16 de julio de 2020). «Desigualdade de renda no Brasil de 2012 a 2019». *Blog Dados*. Recuperado de <http://dados.iesp.uerj.br/desigualdade-brasil/>
- Barros de Castro, A. (2009). «The impact of public policies in Brazil». En Cimoli, M., Dosi, G. y Stiglitz, J., *Industrial policy and development* (pp. 257-276). Oxford, England: Oxford U.P.
- Blattman, C., Hwang, J. y Williamson, J. (2004). «The impact of the terms of trade on economic development in the periphery». *Harvard Institute of Economic Research Discussion Paper* (2040), pp. 1-48.
- Cashin, P. y McDermott, C. (2002). «The long run behavior of commodity prices». *IMF Staff Papers*, 49(2), pp. 175-199.
- Cavilcanti, T., Mohaddes, K. y Raissi, M. (2012). «Commodity price volatility and the sources of growth». *IMF Working Paper Wp/12/12*, pp. 1-45.
- Celuppi, I.C., Geremia, D.S., Ferreira, J., Pereira, A.M.M. y De Souza, J.B. (2019). «30 anos de SUS: Relação público-privada e os impasses para o direito universal à saúde». *Saúde em Debate*, 43, pp. 302-313. DOI: <https://doi.org/10.1590/0103-1104201912101>
- Coletta, R.D. y Puppo, F. (5 de julio de 2021). «Bolsonaro prorroga auxílio emergencial por mais três meses, até outubro». *Folha de S.Paulo*. Recuperado de <https://www1.folha.uol.com.br/mercado/2021/07/bolsonaro-edita-decreto-para-prorrogar-auxilio-emergencial-por-mais-tres-meses.shtml>

- Costa, L. y Dotta, R. (18 de junio de 2021). «Privatização da Eletrobras deve gerar 450 demissões só na Usina de Furnas, em MG». *Brasil de Fato*. Recuperado de <https://www.brasildefato.com.br/2021/06/18/privatizacao-da-eletobras-deve-gerar-450-demissoes-so-na-usina-de-furnas-em-mg>
- Costa, S., Fritz, B. y Sproll, M. (2015). «Dilma 2.0: from economic growth with distribution to stagnation and increasing inequalities? *LASA Forum*, XLVI(3), pp. 21-24.
- Cypher, J. (2009). «¿Vuelta al siglo XIX? el auge de las materias primas y el proceso de «primarización» en América Latina». *Foro Internacional*, XLIX(1), pp. 119-162
- De Carvalho, S.S. (2021). «Retrato dos rendimentos e horas trabalhadas durante a pandemia. Resultados da PNAD Contínua em 2020». *Carta de Conjuntura, IPEA*, 51(Nota da Conjuntura 4), pp. 1-16.
- De Medeiros, C.A. y Trebat, N. (2021). «The failures of neoliberalism in Brazil». *Journal of Economic Issues*, 55(2), pp. 408-415. DOI: <https://doi.org/10.1080/00213624.2021.1908803>
- De Sousa, L.R.M., Segall-Corrêa, A.M., Ville, A.S. y Melgar-Quiñonez, H. (2019). «Food security status in times of financial and political crisis in Brazil». *CADERNOS de Saúde Pública*, 35. DOI: <https://doi.org/10.1590/0102-311X00084118>
- Dvoskin, N. (2022). «Heterogeneidad estructural, subdesarrollo y dependencia. Los entramados histórico-teóricos del desarrollismo tardío latinoamericano». *Cuadernos de la Economía Crítica*, 8(15), pp. 61-84.
- Federal Reserve Economic Data (FRED) (8 de junio de 2021). *Global Price Index of All Commodities (PALLFNINDEXQ)*. Federal Reserve Bank of St. Louis. <https://fred.stlouisfed.org/series/PALLFNINDEXQ>
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the prison notebooks*. International Publishers.
- Grigori, P. (15 de marzo de 2021). «PL do Veneno é desenterrado pela banca ruralista e pode ser aprovado». *Repórter Brasil*. Recuperado de <https://>

- reporterbrasil.org.br/2021/03/bancada-ruralista-retoma-pl-do-veneno-e-ve-oportunidade-de-resolver-isso-de-uma-vez/
- IMF (2021). «Indices of primary commodity prices». *International Monetary Fund*. Recuperado de <https://www.imf.org/en/Research/commodity-prices>; <https://data.imf.org/?sk=2CDDCCB8-0B59-43E9-B6A0-59210D5605D2>
- Kalecki, M. (1943). «Political aspects of full employment». *The Political Quarterly*, 14(4), pp. 322-330. Recuperado de <https://doi.org/10.1111/j.1467-923X.1943.tb01016.x>
- Klein, H.S. y Luna, F.V. (2019). *Feeding the world: Brazil's transformation into a modern agricultural economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kramer, V. (2021). «Investimento produtivo aquece encomendas e produção de máquinas tem maior alta em dez anos». *Gazeta do Povo*, 16(8). Recuperado de <https://www.gazetadopovo.com.br/economia/investimento-produtivo-aquece-encomendas-producao-maquinas-maior-alta-dez-anos/>
- Mantoan, M., Centeno, V. y Feijo, C. (2021). «Why has the Brazilian economy stagnated in the 2010s? A Minskyan analysis». *Review of Evolutionary Political Economy*, 2(3), pp. 529-550.
- Marquetti, A., Hoff, C. y Miebach A. (2020). «Profitability and Distribution: The Origin of the Brazilian Economic and Political Crisis». *Latin American Perspectives*, 47(1), pp. 115-133.
- Moreira, V.R., Kureski, R. y Da Veiga, C.P. (2016). «Assessment of the economic structure of Brazilian agribusiness». *The Scientific World Journal*, e7517806. DOI: <https://doi.org/10.1155/2016/7517806>
- Nassif, A. y Castilho, M. (2020). «Trade patterns in a globalised world: Brazil as a case of regressive specialization». *Cambridge Journal of Economics*, 44(4), pp. 671-701.
- Paes Manso, B. (2020). *A republica das milicias. Dos esquadros da morte a era Bolsonaro*. São Paulo: Todovia.

- Pinto, A. (1991). *América Latina: una visión estructuralista*. México: UNAM.
- Pinto, A. (1964). «Crítica del modelo político-económico de la izquierda oficial. *Trimestre Económico* (121).
- Planalto (5 de septiembre del 2019). «Presidente Jair Bolsonaro aponta nióbio como riqueza para o país». *Planalto*. Recuperado de <https://www.gov.br/planalto/pt-br/acompanhe-o-planalto/noticias/2019/09/presidente-jair-bolsonaro-aponta-niobio-como-riqueza-a-logo-prazo>
- Porcile, G. y Sanchez-Ancochea, G. (2021). «Institutional change and political conflict in a structuralist model». *Cambridge Journal of Economics*, 45(6), pp. 1269-1296.
- Prates, I. y Barbosa, R.J. (2020). «The impact of covid-19 in Brazil: labour market and social protection responses». *The Indian Journal of Labour Economics*, 63(1), pp. 31-35. DOI: <https://doi.org/10.1007/s41027-020-00252-3>
- Riccioppo Magacho, G. (2016). «Brasil: dinámica de la industria de bienes de capital». *Revista Cepal* (119), pp. 109-131.
- Ross Schneider, B. (1999). «The desarrollista state in Brazil and Mexico». En Woo-Cummings, M. (ed.), *The developmental State* (pp. 276-305). Nueva York: Cornell U.P.
- Rua, M. B. (2019). *La fuga de capitales en América Latina (2002- 2017)*. Flacso Argentina. Recuperado de <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/16029/2/TFLACSO-2019MBR.pdf>
- Shorrocks, A., Davies, J. y Lluberas, R. (2021). *Global Wealth Report 2021*. Credit Suisse Research Institute. Recuperado de <https://www.credit-suisse.com/about-us/en/reports-research/global-wealth-report.html>
- Silva, T.F. (ed.) (2018). *Bolsa família 15 anos (2003-2018)*. Fundação Escola Nacional de Administração Pública. Recuperado de <http://repositorio.enap.gov.br/handle/1/3647>

De Souza Júnior, J.R. (30 de marzo de 2021). Carta de conjuntura, 1er trimestre 2021. *IPEA. Carta de Conjuntura*, 50(28), pp. 1-31.

Sweezy, P. (1942). *The theory of capitalist development*. New York: Monthly Review Press.

Taylor, M.M. (2020). *Decadent developmentalism: the political economy of democratic Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.

Trading Economics (2022). «Brazil terms of trade: 2012-november 2021. Recuperado de <https://tradingeconomics.com/brazil/terms-of-trade>

UNDP (2011). *Towards human resilience*. New York: UNDP.

WID (s.f.). *World Inequality Database*. WID. Recuperado de <https://wid.world/es/pagina-de-inicio/>